

Agatha Echevarría



Nací junto al mar y al terminar los estudios, mi familia se fue tierra adentro, donde la humedad no huele. La luz ha sustituido la nostalgia del verde, sin embargo, sigo oyendo el rugido de las olas y los recuerdos de mi infancia corren por el monte.

En Madrid, he aprendido a relatar los silencios, a hablar de lo que duele y a sonreír cuando te encuentras complicidades. Sin embargo, resulta casi imposible caminar por esta ciudad. Das dos pasos y te encuentras un semáforo. En general, me los conozco todos y los intento evitar. Sobre todo los que están en rojo. Eso significa caminar en zigzag o al bies, y de esta manera hago kilómetros y kilómetros. El quiosquero de la esquina piensa

que soy bizca y que esa es la razón por la cual camino algo escorada.

Un día, iba caminando, intentando no tropezar con un semáforo en rojo, cuando pisé un zapato negro y brillante. El pisotón fue con ganas, y dejé impresa mi huella sobre los destellos de aquel zapato negro y brillante. Intenté disimular mi zapato limpiándomelo contra la pernera del pantalón, sin embargo, el resultado no fue suficiente. El dueño de aquellos zapatos negros y brillantes ya se había dado cuenta de que los míos no brillaban como los suyos y que, quizás, está era la razón por la cual mi huella era tan visible. Me disculpé por no llevar los zapatos preparados para un accidente y, desde ese día, mis pasos se han unido a los

del zapato negro y brillante. Hay días que caminamos al bies y otros algo más recto, pero despegarlos el uno del otro todavía no lo hemos conseguido.

El quiosquero cree que lo de ser bizca se contagia y él, para evitarlo, me devuelve el cambio tapándose el ojo con un parche.

Bibliografía

Una noche de colores, Madrid: SM, 1997.

Guisante, Madrid: SM, 1999.

La ciudad de los números, Madrid: SM, 2000.